



SOBRE CRISIS Y DESACOPLES

Marcelo Ramón Lascano

Julio de 2007

Ha llegado a convertirse en una redituable ilusión, la idea de que la crisis que se identifica con hipotecas con precarias garantías, o baja calificación crediticia de los deudores estadounidenses, es una cuestión grave, más no todavía una amenaza planetaria. En esta inteligencia, el mundo idealmente se ha dividido entre países hasta cierto punto agredidos por la malaria financiera con perspectivas de algún ajuste no dramático en el sector real, y países, si se me permite la licencia, desacoplados, esto es, casi invulnerables a las turbulencias que proceden del hemisferio norte.

En una nota reciente habíamos reconocido que la distribución desigual de desgracias podría tener alguna semejanza con la realidad, en la medida en que la crisis no se trasladara. Si esto último ocurriera, las esperanzas de inmunidad se desbarrancarían, pero no por la globalización en la versión vulgar, sino porque entre expectativas e interrupciones en los vasos comunicantes que conectan a los mercados, se postergarían definiciones y proyectos diversos en cada caso según las circunstancias y esto importa.

Entre los norteamericanos, el pesimismo es mayúsculo y un par de interpretaciones se disputan el mejor diagnóstico. Los pesimistas, como explicamos en otra columna, vislumbran unos dieciocho meses de mortificación. La contra cara, si bien no es jubilosa, estima que una buena dosis de armonía monetaria fiscal, podría evitar contratiempos y atenuar, no eliminar, el infortunio. Lo paradójico es que casi no se menciona con la fuerza que reclaman las circunstancias, la imperiosa necesidad de **disciplinar los mercados financieros** para que el engendro no se repita, cuestión que de paradigma cayó en el ostracismo desde la crisis de fines de los 90' del siglo XX.

En el actual contexto, los europeos siguen aferrados a la lucha contra la inflación, que conlleva menor crecimiento, por sobre la decisión de preservar tasas de crecimiento más elevadas. Quiere ello decir que no debemos esperar del hemisferio norte los impulsos susceptibles de sostener la expansión conveniente para la periferia, pero tampoco debiéramos deducir la drástica interrupción de las tradicionales corrientes de intercambio de bienes y servicios. Finalmente, aparecen quienes afirman alguna invulnerabilidad o virtual desacople, entre los cuales aparecemos los argentinos y otros países que así lo consideran.

A medida que transcurren los días, da la impresión de que el pesimismo se adueña de los ánimos y si esto fuera así, parece que la teoría del desacople perdería fuerza o se derrumbaría. Esta afirmación no quiere decir que, por ejemplo, la Argentina de crecer un 8 ó 9% anual descendería a 4 ó 5. Sí se pretende llamar la atención en el sentido de que el mundo seguramente registrará cambios, drásticos para unos y más suaves para otros, pero el cambio será la regla. Entonces, la verdad es que después de los acontecimientos actuales, las cosas no quedarán igual que antes. Ello no es bueno o malo. Tenerlo presente es válido para pensar como salir lo airoso que se pueda de otra encrucijada. Se trata de un desafío y punto.

Para evaluar los eventuales alcances de la crisis con epicentro en los EEUU, resulta oportuno recordar que sin incluir su producción en ultramar, la misma hoy representa poco menos del 25% del PBI mundial y una considerable magnitud en las corrientes de intercambio de bienes y servicios, entre las cuales las transferencias de tecnología no registran parangón, al igual que el uso del dólar como reserva de valor internacional, aunque no en el nivel de posguerra. Además de reguladores de facto en los conflictos, los EEUU monopolizan la fuerza bélica que les permite, sin duda, arbitrar, con suerte varia, en los desencuentros de envergadura internacional, al menos mientras alguna bipolaridad no sea restablecida.

Paul Krugman afirma que esta crisis o burbuja, en una atmósfera de desorden financiero y de fuerte endeudamiento de las familias, puede llegar a extenderse hasta 2010 y más allá aún. Como consecuencia, considera necesaria una estrategia monetaria-fiscal adecuada. Privilegia estímulos fiscales vía gastos públicos antes que devoluciones de impuestos que la gente podría no gastar y desanimar entonces la demanda de bienes que es de lo que se trata cuando es el gasto nacional el que se contrae. Sin la reactivación del consumo y del empleo en los EEUU, obviamente las importaciones del resto del mundo serán afectadas y en parte reducirán la demanda en terceros países, aunque –reitero- limitadamente si el fenómeno no se propaga.

Ahora bien, si adoptáramos el enfoque de Nouriel Roubini, la severidad de la crisis podría resultar mayor en los EEUU y en el resto del mundo, donde sí el desacople podría terminar convirtiéndose en una irrealizable esperanza y el desafío en un verdadero compromiso para innovar y apuntar a los cambios que las circunstancias vayan demandando. Deberíamos ser muy cuidadosos en examinar el diagnóstico de Roubini, pues como recordó hace poco tiempo Martin Wolf, fue el primer economista que se arriesgó en junio de 2006 a anticipar la recesión en puerta. Pronto habrán transcurrido dos años.

Bien qué dice Roubini?. Por ejemplo, que unos diez millones de propietarios resultarán severamente afectados, a tal extremo que podrían devolver las llaves de sus hogares y partir hacia otros destinos. Muchos constructores, por su parte, podrían caer en bancarrota ensombreciendo todavía más el panorama. Por poner algún número, alega que las pérdidas originadas en las hipotecas de baja calidad o de alto riesgo, las subprime, podrían alcanzar o superar los 300.000 millones de dólares y que los quebrantos en el sistema financiero rondarían, entonces, un billón de la misma moneda, profundizando y demorando la recesión. O sea una verdadera pesadilla. Si esto sucediera, en mi opinión, el famoso desacople encontraría fuertes limitaciones que hay que tener en cuenta, sin asustarse, pero sin confiar en que eventualmente alguna quimera nos salvaría de los contratiempos.

Un tercero en la interpretación de este previsible fenómeno a partir de la experiencia aleccionadora derivada de las recientes crisis, Joseph Stiglitz, también es pesimista y carga las culpas, como Paul Samuelson, en la debilidad de los controles y en la demora de Bernanke en actuar. Mientras la burbuja inmobiliaria se inflaba, el primero agrega, que Greenspan y su sucesor parece que miraban para otro lado. Lo cierto es que de las crisis tarde o temprano se sale con resolución y con iniciativas inteligentes, no ideológicas o de conveniencia, que suelen denunciar piernas cortas.

Quizá un ejemplo de valor que se potencia con el tiempo, fue la iniciativa de Roosevelt y sus cien días en 1933. Un pertinaz e innovador ataque en todos los frentes donde los ajustes resultaban necesarios, constituyó la piedra fundamental. En una terna de notas publicadas en el periódico The New York Times a fines de ese mismo año, se sintetizaban las recomendaciones del inolvidable John Maynard Keynes, dirigidas, precisamente, a enfrentar una coyuntura donde la confusión reinaba en todas sus manifestaciones. Tres años después, aparecería la Teoría General de la Ocupación, el Interés y el Dinero que revolucionaría la macroeconomía y la administración de la Política Económica.

Bien, con o sin desacople, nosotros deberíamos imaginar como útil ejercitación los peores escenarios. Si, Dios mediante, no ocurrieran, el ejercicio intelectual que supone la iniciativa no dejaría de convertirse en un importante activo cultural y en un acto de previsión esencial para la buena política. Más allá de conjeturas, la realidad es que los problemas ya existen, simplemente porque la política sin problemas es una fantasía. Ahora si a los problemas propios se agregaran los no buscados, la mejor fórmula para resolverlos, además de rezar, puede asociarse con la adopción de estrategias realistas y cautivantes para los destinatarios de la gestión política: el pueblo. Esto ayudaría significativamente

27-7-08